

Zona Franca. Sector B, Calle D, 08040 Barcelona. 93 401 05 00. Fax 93 335 39 25.

LA HORMA DE MI SOMBRERO

Josep Maria Planes

JOAN DE SAGARRA

En las paredes de mi pisito del paseo de Sant Joan ya no queda donde colgar un cuadro, un cartel o una fotografía. Hasta el punto de que una de mis últimas adquisiciones, un precioso grabado que compré en Nápoles, un retrato de Raimondo di Sangro, príncipe de Sansevero, lo hemos colocado en la cocina, encima de la nevera.

En las paredes de mi pisito, al margen de las librerías y de mi colección de mariposas —no os podéis imaginar la sensación que produce llegar a las cuatro de la madrugada, ligeramente o bastante alegre, y encender la luz de la entrada, del recibidor como decía de chico, y encontrarme con el azul metálico de los *morphos* brasileños y las colas, tigresas, de la africana *Urania ripheus*, una de mis mariposas preferidas—; en las paredes de mi pisito, al margen de las librerías, llenas a rebosar, hasta el punto de que los libros se amontonan por los suelos, y de mis mariposas, el resto lo ocupan cuadros, carteles —principalmente de circo y de teatro—; grabados —los volcanos, los tucanes (mi pájaro fetiche) y las ballenas, principalmente—, y un montón de fotografías.

Pero todo ello no distribuido de manera arbitraria, más bien todo lo contrario. Me explicaré. Cuando almuerzo o ceno

en mi pisito, suelo hacerlo frente a un retrato al carbón de Quim Borralleras, realizado y firmado en 1933 por Manuel Humbert, el tío de mi buen amigo José María Socías Humbert. Cuando tomo el café, lo hago frente a un óleo, un paisaje, que me enamora, ligeramente cézariano —un paisaje de almendros en flor y cipreses, con Montjuïc al fondo—, uno de los pocos cuadros que mi madre no vendió —malvendió, a los Maragall— para sobrevivir después de la muerte de mi padre. Ese paisaje, por el que mi padre sentía una gran estima —y mi madre

también—, no lleva firma. Pero yo sé muy bien quién lo pintó. Lo pintó Pilar Planes.

Pues bien, ante ese cuadro, después de almorzar un arroz caldoso, excelente, como todos los que cocina María Jesús, mi mujer, alicantina, me he puesto a saborear, a guisa de postre, el libro que hace una semana me hizo llegar el joven periodista manresano Jordi Finestres: un libro que habla del hermano de Pilar —Pilar, a la que recuerdo de niño dibujándome animalitos, ranas y sobre todo cocodrilos, en nuestro piso de la Bonanova—, de Josep Maria Planes. El libro, editado por el Colegio de Periodistas de Cataluña con el apoyo económico de la Diputación de Barcelona, se titula: *Josep Maria Planes (1870-1936). Memòria d'un periodista assassinat*.

La obra periodística de Planes, desde que llegó de su Manresa natal a Barcelona hasta que los *faïeros*, en agosto de 1936, le dispararon siete balazos en la cabeza, en la carretera de la Arrabassada, dura unos 10 años. ¡Y qué 10 años! Planes, el autodidacto Planes, según el libro memorable y necesario del joven Finestres, hace, entre otras cosas, que Barcelona conociera, por poco tiempo —hé-las!—, la versión catalana del *Vu* francés —*Imatges*, en 1930— que lanzara en París, en 1924, Lucien Vogel; hace que el periodismo de investigación conozca a los sin trabajo de finales de los veinte y al gansterismo barcelonés de aquellos mismos años. Crea, de hecho, el periodismo de investigación —Plandes es nuestro Albert Londres manresano, muy por encima de los *clichés* de un Carco o de un Montherlant; y es también el gran cronista de las noches de la Barcelona de 1929, año de la Exposición Universal: *Les nits de Barcelona* (Llibreria Catalònia, 1931). Y es, ojo, el joven, jovencísimo director de *El be negre*, semanario satírico. ¿Quién da más?

Pues bien, yo me

El cronista lee un libro debajo de un paisaje pintado de almendros y cipreses. Un paisaje de Pilar Planes, con Montjuïc al fondo. El libro que lee cuenta la vida de un periodista, Josep Maria Planes, hermano de Pilar, autor de un reportaje muy célebre: *Les nits de Barcelona*. Fue en agosto de 1936, cuando un grupo de anarquistas le disparó siete veces a Planes en la cabeza, en un recodo de la Arrabassada.



Josep Maria Planes.

EL PAÍS

leía (apenas en un par de horas) el libro de Finestres sobre Josep Maria Planes, ante el cuadro de su hermana Pilar, con un cafetito, una copia de Connemara (un malta irlandés), y un *churchill* de Ramón Altones, y pensaba en aquellos 10 años de Josep Maria Planes, en Barcelona, en nuestro periodismo. Me lo leía ayer, antes de escribir, en mi *Olivetti*, estas líneas, frente al retrato —un aguafuerte de Palet— de mi padre en la terraza del Colón, con sombrero hongo y un vaso de Pernod. Borralleras —o Borralleres, Quim, en todo caso—: Pilar, la hermana Pilar, la íntima amiga de mi madre; mi padre en la terraza

del Colón, y Josep Maria Planes, que no está en las paredes de mi casa y, sin embargo, hoy (ayer) está en todas partes. Como un *morio* manresano, una de las mariposas que más le agradaban a Colette. ¿Por qué una plaza Jean Genet cuando todavía no la tiene Josep Maria Planes, el autor de *Les nits de Barcelona*, un libro que habría que reeditar? Espinàs, mi querido Josep Maria, ¿Por qué La Campana no descubre al lector de hoy día lo que eran las noches de Barcelona, las de Planes, en la Barcelona de 1929? Con la ayuda, económica, de la Diputación, de la Generalitat o del Ayuntamiento.